



regiones
suplemento de antropología...

edición especial de aniversario
número 22, segunda entrega
12 de septiembre de 2006

**Cuernavaca, Temisco, Xochicalco:
La compra de caballos**

Edward B. Tylor

Traducción de Leif Korsbaek

NUMERO
XXII

2°

“La compra de caballos, sillas de montar y demás aparejos para” su viaje, le brindan a **Edward B. Tylor** la oportunidad de describir los lugares en los que dichos enseres pueden comprarse a precios muy bajos, lo relacionado con **la cultura ecuestre del país** y las características de la vestimenta de indígenas y mexicanos ricos y pobres. Además, aprovecha para dejar en claro el carácter de **México como un país de ladrones**.

Al final de esta primera parte del séptimo capítulo de *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern*, Tylor inicia la narración de su travesía, junto con el señor Christie y uno de sus amigos ingleses, don Guillermo, hacia **las cálidas tierras del sur**, dando cuenta pormenorizada de las características del paisaje conforme se adentra en “extensas praderas, con grandes rebaños de ganado pastoreando”.

La compra de caballos

Edward B. Tylor ¹

Demasiado pronto, nos parecía, llegó el día que habíamos planeado dejar Tezcuco y regresar a México, para preparar un viaje a tierra caliente. En la víspera de nuestro regreso a la capital hubo un pequeño temblor, pero ninguno de nosotros lo sintió, así que perdimos nuestra oportunidad y tuvimos que regresar a Inglaterra sin haber conocido esa peculiar sensación.

La compra de caballos, sillas de montar y demás aparejos para nuestro viaje, nos ofreció la oportunidad de curiosear en algunos de los lugares más apartados de la ciudad y de conocer otros aspectos de la vida cotidiana en México, oportunidad que, ciertamente, no desaprovechamos. Hicimos amistad con comerciantes de caballos que nos llevaron sus animales, para que los probáramos, al patio de la admirable casa de nuestros amigos, comerciantes ingleses, en la Calle del Seminario. Ahí, nos presumieron su andar, caminando, trotando y galopando.² El trote es considerado un vicio abominable para un caballo mexicano; aquí, su sustituto universal es el “paso”, una rara y torpe manera de andar en la que primero se mueven las dos patas de un lado y después las del otro. Con este modo de andar, el jinete es sacudido suavemente sin que tenga que levantarse en los estribos pero, una vez acostumbrado a él, no es desagradable. Además, es perfecto para viajes largos en las montañas. Frecuentemente, los caballos

son entrenados en Estados Unidos para marchar de este modo; ahí son conocidos como “caballos de paso” o de andadura. Otra peculiaridad en el entrenamiento de los caballos en México es que a muchos se les enseña a “rayar”, es decir, a poner sus patas delanteras³ como lo hacen las mulas al bajar de un desfiladero, y luego a deslizarse una corta distancia sobre el piso para, repentinamente, frenar en medio de un rápido galope. Para enseñarles este truco, el jinete dibuja una “raya” en el piso y le enseña al caballo a detenerse exactamente en el momento de alcanzarla. Es muy común ver este acto en El Paseo y en otros lugares donde a los jóvenes les gusta presumir y jactarse de sus caballos; sin embargo, no es más que un truco llamativo y admiten que destruye las patas delanteras del animal.

Después de mucha discusión y regateo, compramos tres caballos para nosotros y nuestro peón, Antonio, pagando por ellos ocho, siete y cuatro pesos, respectivamente. Eso no parece ser mucho dinero por unos rocines, como realmente lo eran, pero tampoco es un precio muy bajo en México.

Mientras estuvimos en Tezcuco, el señor Christie⁴ solía montar uno de los caballos del señor Bowring, uno pequeño de color castaño, que conducía hermosamente y que había costado solamente once dólares o cuarenta y seis chelines.⁵ Lo habían comprado a



uno de los comerciantes de caballos que bajan cada año de los casi inhabitados estados de Chihuahua, Durango y Coahuila, en la frontera con los Estados Unidos, donde innumerables rebaños de potros casi silvestres vagabundean a través de praderas ilimitadas, alimentándose con la alta y basta hierba. Es tan barato mantenerlos, que los rancheros no se ven obligados, como en Inglaterra, a domesticarlos y a venderlos lo antes posible; así que dejan a los potrillos correr a su gusto hasta que tengan cinco o seis años. Su gran fuerza y aguante en proporción a su tamaño se deben en gran medida a esta indulgencia en su juventud.

Es claro que cuando hay que vender un caballo por alguna suma entre dos y seis libras, el ganadero no puede gastar mucho tiempo en amaestrarlo. El vaquero lo laza, le pone su brida o freno duro con embocadura y lo monta a pesar de sus brincos y patadas. El caballo arranca furioso decidiendo su propio rumbo a través del terreno, pero cuando disminuye su paso, las grandes espuelas del vaquero entran en función, y una hora o dos más tarde regresa al corral, muerto de cansancio y conquistado de una vez y para siempre. Después de todo, es sencillo enseñarle este modo de andar. La “anquera” — así se le llama⁶ — es colocada en sus caderas para quitarle la costumbre del trote y acostumbrarlo al paso. Se trata de un cobertor de cuero bordeado de clavitos de hierro que es colocado detrás de la silla y que le permite al caballo andar a paso sin que lo moleste, pero el más mínimo intento de pasar al trote baja con fuerza los clavos a sus caderas. Compramos una de estas anqueras en Puebla. Era muy vieja y estaba curiosamente adornada con motivos tallados. En el siglo pasado estas anqueras eran parte esencial del equipo de un caballo mexicano; pero ahora, exceptuando los corrales para la domesticación y las tiendas de curiosidades, raras veces se les encuentra.

¹ El presente texto es el Capítulo VII del libro *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern*, de Edward Burnett Tylor, publicado en Londres en 1861 por Longman, Green, Longman & Roberts. La traducción es de Leif Korsbaek.

² Son tres los diferentes “aires” que posee el caballo: el paso, el trote y el galope; se le denomina “paso” al caminar. (Agradecemos las aclaraciones de Tatiana Azul Ramírez en todo lo referente a las indumentarias y el arte ecuestre.)

³ Que para los caballos se llaman “manos”, y las traseras, “patas”.

⁴ Henry Christie, famoso explorador que contribuyó a integrar una parte importante de las colecciones del Museo Británico con antigüedades y producciones de los mexicanos modernos que recopiló durante sus viajes. Conoció a Tylor accidentalmente en un camión en La Habana, donde acordaron viajar a México.

⁵ *Shilling*, moneda inglesa que valía hasta 1971 doce peniques y actualmente cinco nuevos peniques; esto es, hasta antes de esa fecha el penique equivalía a la duodécima parte del chelín.

⁶ Pues las partes traseras del caballo se llaman “ancas”.

La compra de caballos, sillas de montar y demás aparejos para nuestro viaje, nos ofreció la oportunidad de curiosear en algunos de los lugares más apartados de la ciudad y de conocer otros aspectos de la vida cotidiana en México, oportunidad que, ciertamente, no desaprovechamos.



Fotografía: Benjamín Vázquez, Kiko: Francisco García Durán, Huerta del centro de Jiutepec, 1950, aprox., fotografía de Miguel Vázquez Alvarado y Manuel Saldaña, Rita Saldaña, centro de Tejalpa, 1958 aprox., fotografía de Horacio Segura Saldaña, archivo: José Luis Rodríguez de Gante. (V. referencia en el directorio.)

Nuestros amigos nos comparaban con las carnicerías ambulantes que circulan por las calles de México, que consisten de un caballo con una larga silla cubierta de ganchos y, en cada gancho, un gran trozo de carne aún sin deshuesar.

Casi todos los caballos mexicanos descienden de la raza árabe, la más suave y, sin embargo, la más temperamental en el mundo, y no han degenerado desde que los españoles los trajeron al inicio de la Conquista; conservan su figura pequeña y graciosa, su rapidez y su capacidad para aguantar. Realmente parece que no han sido criados caballos grandes en el país. En vez de viajar sacudiéndose en una carreta jalada por ocho o diez mulas — con arneses cubiertos de oro y plata, como solían hacerlo los mexicanos ricos —, ahora parece ser lo apropiado hacerse de un par de caballos de carruaje como los que tenemos en Inglaterra, que son traídos, a grandes costos, desde los Estados Unidos y que, al lado de los pequeños y graciosos caballos mexicanos, parecen tan grandes y torpes como elefantes.

Nuestras sillas eran del viejo diseño morisco, de un tamaño y peso monstruosos, muy cómodas para el jinete pero temo que mucho menos para el caballo, cuya espalda terminaba con frecuencia tristemente llagada, a pesar del grueso relleno y de las dos o tres cobijas⁷ que son colocadas debajo de la silla. Estas sillas son muy elevadas al frente y atrás, de manera que es muy difícil caerse, aún si uno se duerme sobre ella durante un viaje largo, como lo hace mucha gente. En el frente, la silla se transforma en un pomo de madera dura, que es algo así como un gran hongo con su tallo, alrededor del cual se enrolla el lazo después de haberse colocado el moño. Todas las sillas mexicanas son así en su parte frontal y, además, tienen varios pares de correas a cada lado que sirven para colgar bolsas, calabazas para agua⁸ y otros tiliches. Detrás del asiento de la silla hay más correas, donde se pueden sujetar chamarras y *serapes*⁹, y, si hay necesidad, también se puede acomodar una valija allí. Nosotros solíamos regresar de nuestras excursiones con los caballos tan cubiertos con las plantas que habíamos colectado, que era difícil pasar las piernas al otro lado del caballo y colocarlas en el lugar apropiado entre todas las cosas. Nuestros amigos nos comparaban con las carnicerías ambulantes que circulan por las calles de México, que consisten de un caballo con una larga silla cubierta de ganchos y, en cada gancho, un gran trozo de carne aún sin deshuesar.

Los faldones de nuestras sillas, las grandes polainas que protegían nuestros pies del lodo y las anchas



correas de los estribos, estaban cubiertos de diseños tallados y realzados; en realidad, casi todos los trabajos en cuero son así decorados. Los talabarteros se deleitan adornando sus productos con discos de plata y clavos, así que no podía sorprendernos que nuestras sillas, aun compradas de segunda mano, fueran casi tan caras como los caballos.

Hasta el inicio del presente siglo, uno de los principales artículos en los libros de viaje sobre México era dedicado a las maravillosas descripciones de los vistosos ornamentos de los caballos y las espuelas, así como de los frenos y los estribos de oro y plata. Los atuendos no han cambiado mucho, pero la popularidad de los adornos tan costosos ha menguado; ahora es poco honroso portar más que el valor de unas pocas libras de oro o plata en la silla de montar, o alrededor del sombrero, y tampoco es bien visto usar cien o más botones de oro sólido a los lados del pantalón de cuero — con un muy problemático calzón de algodón por debajo —.

Los frenos de los caballos están hechos con un anillo que presiona el labio inferior del animal cuando se estrecha la brida¹⁰ y que le provoca un gran dolor cuando es jalada con fuerza. A primera vista puede parecer cruel utilizar esos frenos, pero el sistema funciona muy bien, y los caballos, conociendo el poder del jinete sobre ellos, raras veces se portan mal. Uno cabalga sosteniendo, con un solo dedo y de manera muy holgada, el extremo de la brida; así, la boca del caballo se jala mucho menos que con el freno que

utilizamos en Inglaterra. Cuando es necesario guiar al caballo, basta con un mínimo de presión, pero, generalmente, el caballo es tan capaz de encontrar su camino como el jinete. Por lo regular, nosotros dejamos la brida colgada sobre el cuello de nuestros caballos sin preocuparnos por hoyos y piedras, y hasta he visto a mi compañero aprovechar la oportunidad para sacar su libreta y hacer apuntes y dibujos en el camino.

La distancia de México a Vera Cruz es de alrededor de doscientas cincuenta millas, y ya les he descrito las carreteras.¹¹ Rafael Beraza, el mensajero de la misión británica en México, solía hacer este viaje a lomo de caballo una vez al mes en cuarenta horas y a veces en treinta y cinco. Cambiaba de caballos cada diez o quince millas y, de vez en cuando, si se sentía demasiado cansado, dejaba al mozo que lo acompañaba ir adelante, mientras él, dormitando cómodamente, lo seguía con su caballo.

En lo referente a nuestro vestuario, el señor Christie adoptó los atributos del viajero de oriente cuando llegó al país: un gran paraguas, un velo y un sombrero de fieltro cubierto por un pañuelo blanco. En cuanto a mí, la ropa era muy escasa, y cuando mi saco de viaje se desgastó de los codos y el asiento de mi pantalón se volvió transparente — como la silla del osito en el cuento¹² — sustituí mis prendas por un saco de gamuza y un pantalón holgado del mismo material, siguiendo la costumbre del país. Agregué un sombrero de fieltro gris tan rígido como la lámina de un boiler y con la corona más baja y las alas más anchas que el de un cuáquero,¹³ pero secularizado por una serpiente de plata que hacía las veces de cinturón del sombrero, y también un paliacate de seda alrededor de la cintura que sostenía mi pantalón — y que interfirió con mi digestión —; finalmente, un *serape* de lana bajo el cual podía dormir y usar para vestir en las mañanas y en las tardes. Ese es el auténtico traje del rancharo y me sirvió de maravilla. En efecto, desde mi viaje a México opino que George Fox¹⁴ fue mucho más sensato al vestirse así que la gente que se burló de él.

En todo el país, los mexicanos, ricos y humildes, visten el traje nacional, que los distingue de los indígenas, quienes insisten en vestir la camisa y el calzón de manta y los sombreros de paja de sus ancestros. En las ciudades solamente las clases más bajas visten con el traje de rancharo, pues *nous autres* [nosotros] visten como europeos y siguen la última moda de París, con algunas excepciones: que para montar a caballo la gente lleva saco y calzoneras

⁷ O "caronas", cobijas especiales para que la silla no lastime al caballo.

⁸ Se refiere a lo que en México es conocido como guaje.

⁹ Se mantiene el término tal como aparece a lo largo de todo el texto original; más adelante se hace una exhaustiva descripción de este traje típico.

¹⁰ Para caballos de escuela mexicana se usa más la palabra "rienda" y "brida" para los de escuela inglesa.

¹¹ Véanse capítulos previos.

¹² Se desconoce la referencia.

¹³ De *quaker*, miembro de una secta religiosa creada en Inglaterra en el siglo XVII por George Fox y extendida a Estados Unidos, cuyo verdadero nombre es la Sociedad de Amigos. "En sus reuniones se permanecía en silencio hasta que alguien era arrebatado, estremecido por el poder divino. Sus enemigos se burlaban de ellos llamándoles 'los tembladores' — *quakers* —, insulto que acabó siendo su patronímico" (Marina y Válgoma, *La lucha por la dignidad*, Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 83-87).

¹⁴ 1624-1691, reformador religioso inglés, enemigo del culto externo, de la guerra y de las jerarquías religiosas y civiles... de oficio zapatero, "...era un individualista y un igualitarista teológico, tan consciente de la dignidad personal, que nunca se quitó el sombrero delante de nadie, lo que le hizo estar en prisión más de una vez" (Marina y Válgoma, *op. cit.*).

En todo el país, los mexicanos, ricos y humildes, visten el traje nacional, que los distingue de los indígenas, quienes insisten en vestir la camisa y el calzón de manta y los sombreros de paja de sus ancestros. En las ciudades solamente las clases más bajas visten con el traje de rancharo, pues *nous autres* [nosotros] visten como europeos y siguen la última moda de París...



Fotografías: Zafra. Anónimo, *Zafra*, Campo de Azeztla en Jiutepec, 1943, fotografía de la Familia Alanís y Anónimo, *Zócalo de Jiutepec*, Jiutepec, Morelos, 1935 aprox., fotografía de la Familia Pichardo, archivo: José Luis Rodríguez de Gante. (V. referencia en el directorio.)

de corte nacional, aunque hechos de tela, y que el sombrero mexicano es usado regularmente, incluso por aquellos que no adoptan ninguna otra prenda del traje. Nunca existió un sombrero que estorbara más. Las alas bajas y agudas siempre amenazan con cortarle a uno la cabeza cuando pasa por la calle. Es imposible meterse en una carreta con el sombrero puesto, tanto como lo es permanecer sentado adentro. Pero para caminar o cabalgar bajo un sol feroz, es más adecuado que cualquier otra cosa.

El manto mexicano —el *serape*— es una institución nacional. Es más amplio que la manta escocesa y casi igual de largo, con un hoyo en medio; está tejido con los mismos diseños orientales que hasta hoy podemos ver en los llamativos tapetes de rezo que se utilizan en Turquía y Palestina. Se pone como una capa, con el extremo echado sobre el hombro izquierdo, como la capa española, y cubriendo la mitad de la cara cuando su dueño tiene frío o cuando no desea ser reconocido. Cuando llueve fuerte y uno se encuentra a caballo, mete su cabeza a través del hoyo en medio del *serape* y se convierte en una carpa ambulante. En la noche se enrolla en él y duerme encima de un petate, de una tabla o de las piedras al aire libre.

No obstante que es cómodo, el *serape* se encuentra bajo un fuerte tabú entre los miembros de las clases “respetables” en las ciudades, tal como los demás elementos del traje nacional. Recuerdo una tarde, después de la puesta del sol, que fui caminando rumbo a la casa de nuestros amigos, en la Calle del Seminario, vistiendo mi *serape*; casi tuve que defenderme físicamente de Nelson, el gran perro de nuestro amigo, que se encontraba cuidando la habitación de su amo. Nelson me conocía perfectamente bien, pues la misma mañana se había quedado media hora en la entrada del hotel, cuidando mi caballo, mientras que una turba de léperos¹⁵ lo rodeaba admirando la gravedad de su pose, sentado en la banqueta con la brida en el hocico. Pero que un hombre en *serape* entrara a la habitación de su amo en el crepúsculo, era una cosa que no podía tolerar, hasta que entrara su dueño y lo autorizara.



Como ya mencioné, nuestro equipaje y el de nuestros tres caballos nos llevó a una variedad de lugares extraños, pues compramos las cosas que queríamos, pieza por pieza, cuando veíamos algo que nos convenía. Entre otros lugares fuimos al Baratillo, que es el *Rag-Fair* y el *Petticoat Lane*¹⁶ de México, y, además, al gran mercado de látigos, bridas,¹⁷ frenos, espuelas viejas, fierro viejo y todo tipo de cosas en general. Las pequeñas tiendas están formadas en líneas largas, al estilo de un mercado en el oriente, y sus dueños, cuando no se encuentran afuera fumando un cigarro, están sentados en sus pequeñas cuevas, donde todo lo que tienen para vender está a su alcance. Aquí encontramos lo que habíamos venido a buscar y mucho más, como hermosas y viejas espuelas, peines, cajas y adornos, así que volvimos varias veces antes de abandonar el país y nunca salimos del lugar sin cargar alguna vieja reliquia.

Fotografías: Anónimo, *Familia Segura*, centro de Jiutepec, 1953, fotografía de Horacio Segura Saldaña y Tomás Segura, *La caza de venado*, centro de Tejalpa, 1969 aprox., fotografía de Horacio Segura Saldaña, archivo: José Luis Rodríguez de Gante. (V. referencia en directorio.)

México, como lo sabe todo el mundo, es definitivamente un lugar de ladrones. Después de la *Oración*, cuando oscurece, todas las tiendas cierran por miedo a los ladrones. Las damas solían lucir enormes peinetas de concha de tortuga en la parte trasera de su cabeza, donde se fija la mantilla, pero cuando se volvió un negocio regular para los ladrones el andar por las calles a caballo y arrancarles a las damas sus peines en el vuelo, se tuvo que abandonar esta moda. Estas peinetas, curiosamente talladas y decoradas, son todavía preservadas como rarezas; nosotros compramos algunas de ellas.

Mientras estábamos en México, en pleno día golpearon a un hombre en la gran plaza, lo robaron y lo dejaron allí dándolo por muerto. La plaza es tan grande y el sol era tan fuerte, que la policía —cuyo cuartel general se encuentra en los portales de la misma— no podía atravesarla para ver qué estaba sucediendo al otro lado. *Moraleja*: si uno tiene la distinción de poseer la plaza más grande en el mundo, es preciso prever las consecuencias.

Obviamente, donde el robo es tan generalizado, el mercado de los objetos robados debe ser un lugar de un considerable volumen de comercio, y el Baratillo es una de las principales bodegas de este tipo de mercancías. Aquí pasa como en el viejo cuento del señor al que le robaron la peluca mientras paseaba por las calles de Londres, y que la volvió a encontrar, colgada y a la venta, más adelante. Aquí viene el desertor del ejército a vender su uniforme y su fusil. No lo puedo criticar, pues yo haría lo mismo si me encontrara en su lugar y fuera obligado a servir bajo el mando de un político aventurero y villano contra otro político igualmente deshonesto —esto sin mencionar el trato de perro que reciben, que están medio hambrientos y que no cobran otro sueldo que una licencia semioficial que les permite el saqueo. “¡Esos pobres soldados!, no tenemos con qué pagarles, y usted entiende que de algún modo tienen que vivir”.

Nunca existió un sombrero que estorbara más. Las alas bajas y agudas siempre amenazan con cortarle a uno la cabeza cuando pasa por la calle. Es imposible meterse en una carreta con el sombrero puesto, tanto como lo es permanecer sentado adentro. Pero para caminar o cabalgar bajo un sol feroz, es más adecuado que cualquier otra cosa.

México, como lo sabe todo el mundo, es definitivamente un lugar de ladrones. Después de la *Oración*, cuando oscurece, todas las tiendas cierran por miedo a los ladrones. Las damas solían lucir enormes peinetas de concha de tortuga en la parte trasera de su cabeza, donde se fija la mantilla, pero cuando se volvió un negocio regular para los ladrones el andar por las calles a caballo y arrancarles a las damas sus peines en el vuelo, se tuvo que abandonar esta moda.

¹⁵ Un lépero es un individuo grosero e indecente, de la clase más baja.

¹⁶ Ambos lugares aluden a espacios (mercados o calles) en los que se pueden comprar baratijas.

¹⁷ Las cuartas o fuetes se usan cuando uno está montado; los látigos son más largos y se usan cuando uno adiestra a un caballo a pie o para una carreta.

Mencioné a nuestras botellas de agua como parte de nuestro equipo. Se trata de calabazas que son estranguladas con vendas cuando son jóvenes, de manera que cuando crezcan lo hagan con la forma de una botella con cuello. Después son colgadas para secarse, y todo lo que tienen en su interior es sacado por un agujero cerca del tallo; entonces están listas para entrar en servicio.

Yo he regañado a los mexicanos por ser ladrones, y no sin razón, aunque nosotros nunca perdimos nada, con la excepción de un impermeable totalmente nuevo que mi compañero había traído para refugiarse en él de las tormentas cotidianas durante la estación de lluvia. Cuando bajamos de la diligencia en la Ciudad de México, en el patio del hotel, alguien lo tomó. Aún no sabíamos de la existencia del Baratillo, donde lo deberíamos de haber buscado. En el momento de nuestra visita a ese lugar, ya era demasiado tarde como para que el impermeable se encontrara todavía ahí; los mexicanos entienden demasiado bien el valor de un "ulli" británico, como lo llaman, y no lo iban a colgar abiertamente para su venta. Ulli no es una palabra prestada sino la auténtica palabra azteca utilizada para referirse al hule, que es el material con el que se hacían las pelotas para el juego ritual mucho antes de la llegada de Colón.

Mencioné a nuestras botellas de agua como parte de nuestro equipo. Se trata de calabazas que son estranguladas con vendas cuando son jóvenes, de manera que cuando crezcan lo hagan con la forma de una botella con cuello. Después son colgadas para secarse, y todo lo que tienen en su interior es sacado por un agujero cerca del tallo;



Tuvimos rápidos vistazos de hombres parados en las puertas fumando cigarros, de niños morenos semidesnudos rodando en el lodo, y, adentro, de mujeres acucilladas trabajando arduamente en la molienda del nixtamal para las eternas tortillas.

entonces están listas para entrar en servicio. Pueden almacenar entre dos y tres pintas¹⁸ de agua. Unas pulgadas de una mazorca son suficientes para obtener un excelente corcho, y la botella es colgada con un cordel desde el pomo de la silla, donde se puede balancear libremente sin peligro de romperse. Se pueden encontrar calabazas, preparadas exactamente de la misma manera, en Italia, colgadas bajo los aleros de las pequeñas chozas en las granjas, entre cordeles de mazorcas amarillas y rojas. En efecto, la botella de calabaza es una sólida tradición en el sur de Europa.



Fotografías: Anónimo, *Parroquia Santiago Apóstol*, centro de Jiutepec, 1925 aprox., fotografía de la señora Ángela Mendoza Sámano (se publicó en: Rodríguez de Gante, José Luis, *Dos archivos Históricos: Jiutepec y Tlayacapan. Su investigación y difusión*, Cuernavaca, PACMyC-Conaculta, 2003) y Anónimo, *Boda del general brigadier zapatista Cliserio Alanís Tapia*, lugar desconocido, 1910 aprox., fotografía de la Familia Alanís, archivo: José Luis Rodríguez de Gante. (V. referencia en directorio.)

¹⁸ La pinta es una medida de capacidad para líquidos, equivalente a dos cuartillos escasos.

Mandamos a Antonio a Cuernavaca con los caballos y nosotros partimos muy temprano en la mañana en la diligencia, acompañados de uno de nuestros amigos ingleses al que llamaré don Guillermo, como todo mundo lo hacía. Es costumbre aquí, como lo es también en España, llamar a todo el mundo por su nombre de pila. Puede ser que uno lleve meses conociendo a don Antonio o a don Felipe, antes de escuchar su apellido.

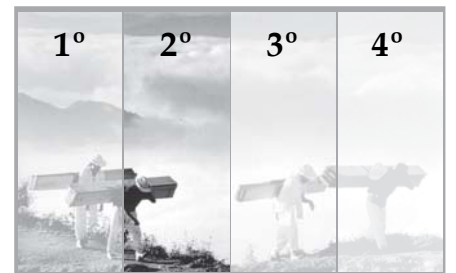
Al principio, la carretera atravesaba la planicie, en medio de extensas praderas, con grandes rebaños de ganado pastoreando y campos de trigo y maíz. La labranza de la tierra se realiza de acuerdo a la vieja costumbre del país, con un par de bueyes amarrados a cada arado. El yugo es colocado en los cuernos del buey y en su centro es fijado un palo. Al otro extremo del palo se encuentra el arado, que es una estaca de madera con una punta de hierro y un asa. El labriego sostiene el asa con una mano y su azadón (un carrizo largo con una punta de hierro) con la otra; así van trazando largos surcos mientras avanzan. Un hombre sigue al arado echando semillas sueltas de maíz, a una distancia de unos tres pies. La distancia entre los surcos también es de tres pies, de tal manera que cada planta ocupa alrededor de nueve pies cuadrados de terreno. Cuando las plantas crecen cavan entre ellas y crean alrededor de cada tallo un pequeño montículo de tierra.

Pasamos muchas chozas pequeñas con una sola habitación, construidas con ladrillos de adobe y una mezcla de lodo llena de pequeñas piedras; ninguna tenía ventanas, pero, por lo general, sí contaban con el lujo de una chimenea protegida contra la lluvia por un arco formado por varios ladrillos colocados encima de ella. Tuvimos rápidos vistazos de hombres parados en las puertas fumando cigarros, de niños morenos semidesnudos rodando en el lodo, y, adentro, de mujeres acucilladas trabajando arduamente en la molienda del nixtamal para las eternas tortillas.

En San Juan de Dios, el señor Christie se subió al techo de la diligencia, detrás del conductor, que tenía a sus pies una bolsa grande llena de piedras. Cuando una de las nueve mulas se sintiera dispuesta a rehuir su trabajo, le alcanzaría una gran piedra, siempre dándole en algún lugar sensible, pues muchos años de práctica le habían proporcionado al conductor un tino tan bueno y preciso como el de los pastores en las montañas, que dicen que pueden atinarles a sus chivos en el cuerno que quieran para regresarlos al camino correcto si se quieren desviar. Pero nuestro conductor sencillamente tiraba las piedras, mientras que el pastor utiliza hondas de fibra de maguey, como las que vimos colgadas en las tiendas mexicanas.



Usted leyó la segunda entrega:



El Regional DEL SUR es una publicación mensual cuyo principal propósito es socializar el saber, editada por el Colectivo Antropólogos en Fuga y Compañía y por El Regional del Sur. El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores **Coordinación general:** David Solís Coello, Adriana Saldaña Ramírez, Mariana González Focke, Livia González Ángeles, Pilar Angón Urquiza, Josué Frago **Traducción e introducción de «Cuernavaca, Temisco, Xochicalco», séptimo capítulo de Anahuac:** Leif Korsbaek **Revisión de la traducción para Regiones...:** Livia González Ángeles **Coordinación, edición, formación y corrección:** Adriana Saldaña, Livia González y Gerardo Ochoa **Agradecimientos:** Marcela Barrios Luna, Tatiana Azul Ramírez, Carlos Y. Flores **Fotografías en este número:** Varios autores y lugares, digitalización y archivo de José Luis Rodríguez de Gante. **Portada:** Sebastião Salgado, México, 1980 (referencia bibliográfica en *Regiones*, XXII, 1°).

www.elregional.com.mx/suplementos/regiones.php
regiones@gmail.com | supleregiones@yahoo.com.mx

Efraín Ernesto Pacheco Cedillo Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
 Director fundador Director general

Carlos Gallardo Sánchez Bonifacio Pacheco Cedillo
 Subdirector editorial Coordinador de suplementos